

ATRAVESANDO EL DESENCANTO EL TRANSITO DEL ENCANTAMIENTO AL ENCANTO

Ps. María Paz Abalos B.¹

Revista Testimonio N° 241 Octubre 2010 Santiago de Chile

La invitación a escribir estas líneas me pedía reflexionar sobre la ayuda que en el espacio terapéutico pude dar para que una persona recuperara el encanto por la vida consagrada. Se me imponen sólo un par de vivencias: un sentimiento de gratitud hacia quien me permitió acompañarlo de cerca en esta compleja travesía consigo mismo, y la imagen de un trabajo permanente, vivido junto a otros/as terapeutas, para crear un espacio, tanto dentro como fuera de mí, para la abierta expresión de la patria interior de todo aquel que busque ayuda terapéutica. Sain Exupery, en “Carta a un Rehén”, lo expresa de forma sencilla y profunda:

"En tu casa puedo entrar sin vestirme con un uniforme, sin someterme a la recitación de un Corán, sin renunciar a nada de mi patria interior. Junto a ti no tengo ya que disculparme, no tengo que defenderme, no tengo que probar nada. (...) Más allá de mis palabras torpes, más allá de los razonamientos que me pueden engañar, tú consideras en mí simplemente al Hombre, tú honras en mí al embajador de creencias, de costumbres, de amores particulares. Si difiero de ti, lejos de menoscabarte, te engrandezco.(...) Te estoy agradecido porque me recibes tal como soy"

Sin embargo, en la propuesta que recibo, algo me inquieta desde el comienzo y sobre esto quisiera ahondar en estas líneas. La palabra **encanto**, sugerente y arropadora, concentra mi atención. Progresivamente se va dibujando en mi interior el rostro de lo inquietante, el rostro de su pariente cercana, **el encantamiento**. Dulce canto de sirenas, terreno propicio para los sueños adolescentes cuando es norma de la vida, poder del espejismo y del hechizo que aparta al ser humano adulto de su destino o define un horizonte ilusorio que se quiebra ante las dificultades inherentes a cualquier concreción de sueños. Tan lejos y tan cerca de la experiencia del encanto, el encantamiento promete vía corta y respuestas absolutas y llega de la mano de una exaltación que con-vence. Luego vence el **desencanto**.

¹ Psicóloga Clínica PUC / Magíster en Psicología Clínica / Analista Junguiana IAAP

El encantamiento es definido como: Obrar maravillas ejerciendo un poder mágico [sobre personas y cosas] / Pronunciar un conjunto de palabras con poder mágico para cambiar la naturaleza o la forma de alguien o algo. Hechizar. / Ejercer sobre alguien una acción para dominar su voluntad.

Entiendo mi inquietud... el encantamiento atrapa, desvía, seduce, convence. Entrega un sentido construido por otros/as a costa de abdicar del viaje humano por el sentido propio y las apuestas que transforman el corazón. El encantamiento requiere un otro, otra, o de una propuesta cuyo influjo y poder sobre nosotros nos tome y conduzca por la verdad, su verdad, y nos envuelva con su prestada identidad. El encantamiento suena a trampa, a goce momentáneo, a pasión difícilmente sostenible cuando se aleja quien nos ha impactado y encantado, a ilusión adolescente de respuestas sin el recorrido a ratos angustioso por la incertidumbre, la duda, el trabajo y el compromiso diario con todos los aspectos de la vida elegida. El encantamiento supone un poder mágico que entrelaza misteriosamente a quién lo ejerce y a quién lo acepta. El encantamiento no es lo propio de la psicoterapia.

Por su parte **el encanto**, se define como el gustar mucho de algo o alguien. La psicoterapia entre sus metas, busca que la persona recupere el encanto por la vida, que vuelva a gustar del vivir y lo que implica de interacción y compromiso con los otros, el gustar de sí mismo integrando las contradicciones que nos habitan, el gustar de la vida elegida y su concreción que vence al ideal fantaseado. Las concreciones de ese **re-encanto**, las formas nuevas que adquiera, los apellidos que confirme, reafirme, redefina, son parte del tránsito a veces duro desde el encantamiento inicial al encanto sereno, comprometido, maduro, que gusta de lo que vive en el sentido de saborear lo que es hoy la mejor expresión de eso que llamamos vocación personal.

Se me impone redefinir la invitación inicial y reflexionar sobre el aporte del espacio terapéutico en este viaje de maduración de las apuestas vitales, especialmente de aquellos /as que se han topado con la experiencia de fracaso de

las formas vividas con pasión en otro tiempo o que han descubierto que la mirada unilateral con que han enfrentado su vida y compromisos no ha logrado acercarlos a las metas soñadas. Imagino que la necesidad de reflexión sobre el re-encantarse con la Vida Consagrada tiene como trasfondo las experiencias de desencanto y desánimo frente a esta opción en el mundo actual. Vivencias envolventes de similar intensidad que las del encantamiento pero que a diferencia de este, alejan, separan, cortan vínculos, deprimen, cansan, aíslan, debilitan compromisos, desaniman. Encantamiento y desencanto, parientes antagónicos comparten sin embargo la cualidad de contagiar a los que están cerca.

El espacio terapéutico no puede a priori definir como meta del proceso el que la persona que busca ayuda se re-encante con una vida con apellido sea esta la vida consagrada o cualquier otra expresión que aluda a compromisos que marcan ruta en la vida. La psicoterapia acompaña en la difícil tarea de mirar cómo es que el descontento y el desencanto dominan la escena consciente de quien pide ayuda. Comprender sus posibles causas y mirar el síntoma desagradable como un aliado que trae a la conciencia lo que requiere ser trabajado e integrado para recuperar el sentido, eso es trabajo de la psicoterapia. También es trabajo de la psicoterapia la confrontación ética de lo que allí se descubra en el sentido de mirar las implicancias para la vida personal y para las relaciones construidas que todo cambio o transformación inevitablemente provocará.

Lo problemático es que en el discurso, no pocas veces el encanto y el encantamiento se confunden, suenan a lo mismo. Como terapeuta, a veces escucho en las frases “encantadas” con la vida consagrada o que buscan “re-encantar”, una voluntariosa energía que suena más a una salida a la crisis por el camino del encantamiento. Subyace a estas voces la dificultad para tolerar la tensión del tiempo de desencanto, del tiempo de los lamentos, del tiempo del menor protagonismo, del tiempo del reconocimiento del fracaso. Ese voluntarioso emprendimiento consciente por retomar el contento con lo vivido, el entusiasmo por una vida consagrada potente, testimonial, admirada, ahoga la paciencia contemplativa que se requiere para aprender del hermano desencanto.

Desesperadamente en tiempos de crisis y de fracasos buscamos arrancar de nuestra realidad. Se trata de un arrancar defensivo que busca creer en algo que nos ayude emocionalmente a sentirnos más seguros. Somos vulnerables a falsas promesas,

La apuesta terapéutica es arrancar en el sentido de ponernos en movimiento para salir de la situación agobiante aunque los primeros movimientos sean torpes, inadecuados, menos conscientes. Tiempo de valorar los intentos y tiempo de aceptar el desafío de maduración que conlleva todo desencanto. Una vez atravesado este territorio entramos al espacio de compromisos profundos que entregan sentido. El territorio donde el sueño topa tierra firme y se vuelve concreción, goce y sacrificio. Territorio donde tanto el fracaso como el éxito tienen carta de ciudadanía y sus tiempos cíclicos de expresión. Un encanto sin espacio para la aceptación serena del tiempo de fracaso, de la aridez, del sin sentido, de la muerte, suena a una salida voluntariosa. Posiblemente con-venza un tiempo para luego volver al desconcierto.

La ayuda que he podido ofrecer y que ofrezco en el espacio terapéutico emana de una profunda admiración por lo humano y sus búsquedas, tomen éstas el rostro que tomen. Nada de lo que allí se despliega me es ajeno en tanto humana. La psicoterapia me conecta con esos rostros en su lado dolido e impotente ante vivencias que no se querrían tener y que sin embargo pueblan la cotidianeidad generando sufrimiento en dosis significativas que no pueden ser elaboradas creativamente por su intensidad. También me conecta con la humilde posición de vulnerabilidad de quien pide ayuda. Juntos nos animamos a entrar comprensivamente al desencanto con la convicción profunda que en él están las semillas de eso nuevo que busca emerger y que al hacerlo, serenamente encanta.

Cuando acompaño a quien da la batalla por abrazar su descontento y recorrerlo con lucidez, imagino al mítico Ulises hermanándose en su travesía, enfrentando a su lado las encrucijadas de la existencia humana... “momentos claves en que el ser humano se expresa, se delimita, se autointerpreta, se

comprende, toma posesión de sí y busca en los demás el reconocimiento de su ser” (Choza, Jacinto y Choza, Pilar. 1996. *Ulises, un arquetipo de la existencia humana*, Barcelona, Ariel.) Imagino su batalla con el canto de las sirenas, encantamiento irresistible, y también sus momentos de mortal desencanto, y, entre estos polos, emergiendo una y otra vez, la determinada determinación por marcar ruta desde y hacia sus anhelos más profundos. Fiel a su condición humana, encarnada, que no transa con soluciones mágicas, y fiel a su destino libremente elegido y aceptado.